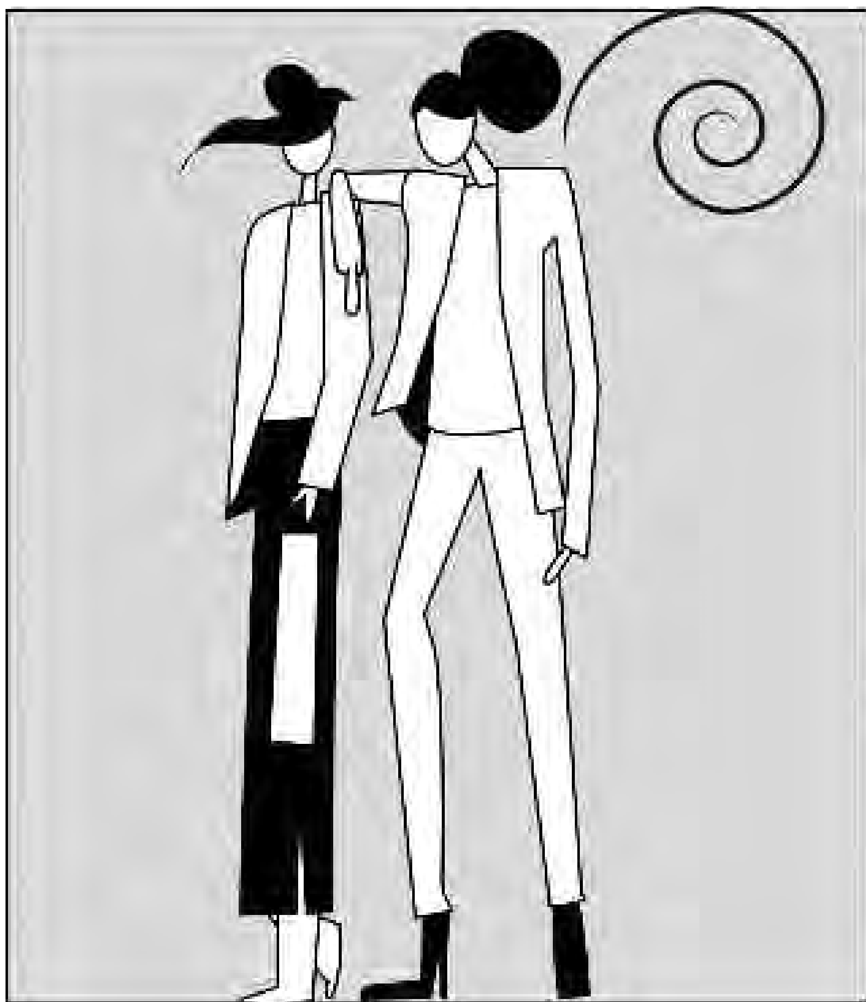
La culpabilidad



**«Si tú, Señor, tomaras en cuenta los pecados,
¿quién, Señor, sería declarado inocente?
Pero en ti se halla perdón, y por eso debes ser temido».
Salmo 130: 3, 4**

Durmiendo y despertando

INTRODUCCIÓN

Salmo 32

Anoche tuve un sueño. Soñé con el regreso de Jesús, y que yo estaba huyendo. Huía del gobierno, de la justicia, huía debido a mis creencias en el Señor.

Mientras estaba corriendo, alcancé a ver una parte del cielo. Allí todo era felicidad. Me detuve y sentí que me despojaba de un gran peso y que la paz me invadía. Nunca me había sentido así. Mientras permanecía de pie en aquel lugar, vi a Jesús que desde su trono me extendía la mano.

Sin embargo, comencé entonces a pensar en mi pasado. En mis pecados, en mi falta de escrúpulos, en la cosas de las que no me había arrepentido. En mi sueño, la culpa me agobiaba; las lágrimas me rodaban por las mejillas, y comencé a mencionarle mis pecados a Jesús, rogándole que me perdonara. Al pedir perdón, cada confesión iba flotando hasta llegar a Jesús. Cuando al fin me tranquilicé, miré el rostro de mi Señor y el me sonrió.

Entonces desperté. Me quedé durante algún tiempo en la cama, meditando acerca de aquel sueño. Había demasiados pecados y cargas en mi alma, por los cuales no había pedido perdón. Eran mis pecados «secretos». Cosas que no deseaba que nadie supiera. Eran asuntos que me habían hostigado, pero las había ignorado una y otra vez hasta que prácticamente había olvidado que estaban allí.

En la quietud de mi habitación, me deslicé de la cama y me arrodillé. Comencé a clamar al Señor, rogando me perdonara. Mientras lloraba y oraba, sentí que una gran paz me sobrecogía. De repente me di cuenta. ¡Nada, NADA, debía interponerse entre Jesús y yo! No debía ocultarle nada, NADA; porque él lo sabe todo. Igual que en mi sueño, me inundó una gran paz y me tranquilicé. Me acosté de nuevo, con mi conciencia tranquila por primera vez en muchos años, y me quedé profundamente dormida.

¡Nada debía interponerse entre Jesús y yo!

Todos experimentamos sentimientos de culpabilidad en algún momento de nuestras vidas. Nuestro estudio esta semana considerará el papel desempeñado por la cul - pa en nuestras vidas espirituales, y cómo dicho sentimiento puede llevarnos a Jesús, en vez de separarnos de él.

Allison Zollman, Centerville, Ohio, EE. UU.

Domingo
23 de enero

El don de la culpa
Llegando a una solución

LOGOS

Génesis 3: 7-13; Salmo 32; Ezequiel 11: 19; Mateo 26: 75; Romanos 2: 4; 8: 1

Las primeras emociones negativas (Gén. 3: 7-13)

Es interesante que si uno presta atención notará los sentimientos y las emociones que surgen después del pecado de Adán y Eva. En Génesis 3: 7, ellos hacen un notable descubrimiento al darse cuenta que están desnudos. A dicho sentimiento lo llamamos «vergüenza». Esto los preocupaba, por lo que utilizaron su creatividad con el fin de cubrirse (una industria multimillonaria en la actualidad). Luego escucharon a Dios en el huerto, y pensaron que debían «esconderse». A esto lo llamamos «temor». Al ser interrogados respecto a su desnudez y temor, Adán quien comió de la fruta supuestamente por su gran amor por Eva, da inicio a algo que aun hoy persiste: echarle la culpa a alguien por nuestras acciones. Por otro lado, Eva rápidamente llevó la conversación a otro plano, culpando indirectamente a Dios.

Todavía hoy, nuestras decisiones erradas, generan sentimientos de incomodidad que deberían llevarnos a tomar medidas correctivas de inmediato. El sentimiento de culpa nos permite saber que hemos violado una norma. Podemos inventar excusas. Podemos intentar racionalizarlo. Podemos justificarnos. Pero al final, reconoceremos la verdad del caso, sin importar lo que quisiéramos que piensen los demás. Únicamente a nosotros nos concierne hacer lo correcto, o asumir las consecuencias. Deambular, cargando con el peso de una conciencia culpable es algo difícil (según bien sabemos muchos de nosotros).

Un Salmo de alivio (Sal. 32)

Aunque pudiera parecer más fácil obtener el perdón que un permiso, el Salmo 32 presenta la situación del pecado y la culpabilidad. Nuestros pecados nos agobian, de acuerdo con la realidad humana; pero este salmo comienza con una expresión de gratitud para después volver a la experiencia de David. Él esconde su pecado y encuentra que es difícil la tarea, hasta que decide confesarlo todo. En ese punto él experimenta la libertad del perdón y la gratitud que lo acompaña. La experiencia de David es la del ser humano, algo con lo que podemos identificarnos, ya sea que terminemos o no confesando, arrepintiéndonos y obteniendo el perdón. Demasiado a menudo nos quedamos cortos y no experimentamos la libertad que Dios desea concedernos.

El pecado es un asunto muy serio, y no debe ser tratado a la ligera.

El canto del gallo (Mat. 26: 75)

Pedro era un hombre hecho y derecho, pero lloró amargamente. El reconocimiento de lo que había hecho fue impactante y produjo en él una marcada respuesta. El pecado es un asunto muy serio y no debe ser tratado a la ligera. (Pedro probablemente jamás volvió a escuchar el canto de un gallo sin recordar aquel incidente.) Al ir acostumbrándo-

nos al pecado, la enormidad del mismo deja de impactarnos en la forma que se supone debe hacerlo. El pecado afecta la amistad y las relaciones interpersonales. Daña todo aquello que consideramos de valor. ¡Debería hacernos llorar más amargamente!

Libres de toda condenación (Rom. 8: 1)

Cuando Pablo utiliza la expresión «Por lo tanto», en Romanos 8: 1, significa que está llegando a una conclusión; a un punto que hasta allí le ha llevado la redacción de dos capítulos de consideraciones. Por lo general, es una buena idea volver al punto de inicio y repasar nuestros argumentos. Pero en este caso él es demasiado claro. «Por lo tanto, ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús» (Rom. 8: 1, 2). ¡Esa es una tremenda declaración! ¡Las palabras no hay ninguna condenación son impactantes! ¡Pero aun más impactante es el concepto ya! La clave, desde luego, es «estar unidos a Cristo Jesús».

Se nos dice que «la paga del pecado es muerte, mientras que la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Rom. 6: 23). Un pago es algo que nos corresponde y que esperamos recibir. En este texto, la muerte no es un don. Es la paga del pecado. Si contrastamos esto con lo que Dios nos ofrece: ¡un don no ganado, inmerecido, no esperado! Un don es un regalo que no le cuesta nada a quien lo recibe, aunque le cuesta al dador, ¡en este caso al Dador de la vida! Debido a lo que «Dios en Cristo» realizó en la cruz, Pablo puede afirmar que ¡«ya no hay ninguna condenación»! Romanos 8: 2 continúa diciendo: «pues por medio de él la ley del Espíritu de vida me ha liberado de la ley del pecado y de la muerte». Esas son muy buenas noticias para pecadores cargados de culpas que necesitan lo que Dios ofrece. Llorar amargamente nos prepara para aceptar el don de la justificación que Dios nos ofrece. Sin el convencimiento de la enormidad de nuestros pecados, ¡no puede haber una verdadera gratitud por el perdón divino recibido!

La bondad derrite las piedras (Rom. 2: 4; Eze. 11: 19)

Pablo afirma en Romanos 2: 4 que «la paciencia de Dios quiere llevarte al arrepentimiento». Esta es una rara invitación para que se efectúe un cambio. La bondad parece a simple vista, una expresión de debilidad; pero se asemeja a una semillita que cae en la grieta de una calzada: comienza a germinar, crece, y con el tiempo ¡puede romper el cemento! La misericordia de Dios comienza a derretir el corazón de piedra que somos tan dados a tener; claro está, si se lo permitimos. ¡Él reemplazará ese corazón de piedra con uno de carne! ¡No parece un mal negocio! Eso nos lleva de vuelta a la declaración de David: «regocíjense en el Señor! ¡canten todos ustedes, los rectos de corazón!» (Sal. 32: 11). (O lo que es lo mismo, ¡a temer un nuevo y renovado corazón!)

PARA COMENTAR

1. ¿Te afectan tus pecados al punto de que «lloras amargamente»? ¿Cuándo fue la última vez que derramaste una lágrima por tus pecados? ¿Por qué es más fácil llorar por pecados ajenos?
2. ¿Es acaso demasiado fácil obtener el perdón divino? Motiva tu respuesta.
3. ¿Qué sucede cuando no permitimos que un sentimiento de culpa nos conduzca a buscar una solución adecuada?
4. ¿Te ha sorprendido la inesperada bondad de alguien? ¿Por qué puede ser tan poderosa la bondad?

Jan Yakush, Smithsburg, Maryland, EE.UU.

Lunes
24 de enero

Al pie de la cruz

TESTIMONIO

1 Juan 1: 9

«Este sentimiento de culpa debe ser depositado a los pies de la cruz del Calvario. La sensación de pecaminosidad ha emponzoñado las fuentes de la vida y de la verdadera felicidad. Pero ahora Jesús le dice: Deposítalo todo en mí; yo tomaré tus pecados, te daré paz. No sigas destruyendo tu respeto propio, porque yo te he comprado por el precio de mi propia sangre. Eres mío; fortaleceré tu voluntad debilitada; eliminaré el remordimiento que te causa el pecado».[1]

«Dios se dio a sí mismo en Cristo por nuestros pecados. Sufrió la muerte cruel de la cruz; llevó por nosotros el peso del pecado, "el justo por los injustos", para revelarnos su amor y atraernos hacia él. "Antes -dice- sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo". Dejad que more en vosotros Cristo, la Vida divina, y que por medio de vosotros revele el amor nacido en el cielo, el cual inspirará esperanza a los desesperados y traerá la paz de los cielos al corazón afligido por el pecado. Cuando vamos a Dios, la primera condición que se nos impone es que, al recibir de él misericordia, nos prestemos a revelar su gracia a otros».[2]

«Satanás trata de apartar nuestra mente del poderoso Ayudador para inducirnos a pensar en la degeneración de nuestra alma. Pero aunque Jesús ve la culpa del pasado, pronuncia palabras de perdón, y no debemos deshonrarlo dudando de su amor».[3]

«Dios se dio a sí mismo en Cristo por nuestros pecados».

«No debemos procurar reducir nuestra culpa hallándole excusas al pecado. Debemos aceptar el concepto que Dios tiene de pecado, algo muy grave en su estimación. Solamente el Calvario puede revelar la terrible enormidad del pecado. Nuestra culpabilidad nos aplastaría si tuviésemos que cargarla; pero el que no cometió pecado tomó nuestro lugar; aunque no lo merecía, llevó nuestra iniquidad. "Si confesamos nuestros pecados", Dios "es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad"».[4]

PARA COMENTAR

1. ¿Cómo podemos como cristianos ayudar a los demás a enfrentar el sentido de culpa, especialmente si no son cristianos?
2. ¿Te aferras a tu culpabilidad, en vez de descargar tus pecados al pie de la cruz? De ser así, ¿cómo podrías aceptar a Jesús?

---

1. *Mente, carácter y personalidad*, t. 2, p. 97.
2. *El discurso maestro de Jesucristo*, pp. 97, 98.
3. *Mente carácter y personalidad*, t. 2, p. 98.
4. *El discurso maestro de Jesucristo*, pp. 98, 99.

Kandace Zollman, Smithsburg, Maryland, EE. UU.

Culpabilidad y perdón

EVIDENCIA

Isaías 44: 22; Romanos 8: 1

La culpabilidad tiene dos facetas: una legal y otra emocional. El aspecto civil o legal. tiene que ver con el resultado de una transgresión moral o legal. Lo emocional, es lo que Dios ha inculcado en nosotros para conducirnos al arrepentimiento.

Cuando le pedimos a Dios que nos perdone, él lo hará. Desea que acudamos a él, con el fin de limpiarnos de nuestros pecados y culpas. «He disipado tus transgresiones como el rocío, y tus pecados como la bruma de la mañana. Vuelve a mí, que te he redimido» (Isa. 44: 22). «Por lo tanto, ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús» (Rom. 8: 1).

No debemos olvidar que como seres humanos estamos propensos a caer, si apartamos la vista de nuestro creador. «Pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios, pero por su gracia son justificados gratuitamente mediante la redención que Cristo Jesús efectuó» (Rom. 3: 23, 24).

Sin embargo, lo mejor de todo es que siempre podemos acudir a su trono de gracia con el fin de participar de su misericordia. «Humíllense, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él los exalte a su debido tiempo. Depositen en él toda ansiedad, porque él cuida de ustedes» (1 Ped. 5: 6, 7).

Desde luego, no olvidemos que Satanás intentará apartar nuestras mentes del Poderoso Ayudador, con el fin de que nos espaciemos en la degeneración de nuestras almas. Cuando esto suceda, recuerda que: «Las penas, la ansiedad, el descontento, remordimiento, sentimiento de culpabilidad y desconfianza, menoscaban las fuerzas vitales, y llevan al decaimiento y a la muerte».[1] El objetivo de Satanás es separarnos del amor divino y de la redención de Dios. Él utiliza el sentimiento de culpa para que nos mantengamos concentrados en nuestros pecados, en vez de hacerlo en el glorioso don del perdón que se nos ofrece a cada uno de nosotros, mediante el sacrificio de Cristo en la cruz.

No debemos olvidar que como seres humanos estamos propensos a caer, si apartamos la vista de nuestro Salvador.

«Pero aunque Jesús conoce la culpa del pasado, nos habla de perdón; y no podemos deshonrarlo dudando de su amor…».[2]

PARA COMENTAR

1. ¿Cuáles son algunos textos de la Biblia que nos ayudan a recordar que podemos acudir a Dios a pesar de nuestra culpabilidad?
2. ¿Qué otras cosas podemos hacer con el fin de recordar que no debemos avergonzarnos al acudir ante Dios con nuestros pecados?
3. ¿Cómo podemos asegurarnos de que tenemos la humildad necesaria para dar los pasos anteriores?

1. *El ministerio de curación*, p. 185.
2. *Exaltad a Jesús*, p. 250.

Susan Gallant, Lewiston, Maine, EE. UU.

Miércoles
26 de enero

La sombra del sol

CÓMO ACTUAR

1 Juan 1: 9

El pecado y la culpabilidad están conectados entre sí. Imagínate que es un día claro y soleado. El árbol que está en el patio de tu casa está lleno de hojas. El sol hace que el árbol proyecte una sombra. Un día, alguien corta el árbol. Ahora ya no está el árbol allí. ¿Permanece la sombra en su lugar? No. Al cortar el árbol, la sombra desaparece también.

Cuando él nos perdona, echa nuestros pecados en lo profundo del mar.

En el ámbito espiritual, podemos establecer un paralelo. Jesús hace que su luz brille sobre nosotros, los árboles, proyectando una sombra. A esa sombra le llamamos sentido de culpa o culpabilidad. Nos sentimos culpables cuando nuestra conciencia nos señala que hemos hecho algo malo. Pero Dios utiliza la culpa de otro modo. Él proyectó esa sombra en nuestras vidas con un propósito: para que busquemos su perdón.

En 2 Corintios 7: 8-11, Pablo les dice a los corintios que al reconvenirlos en su primera carta él sabe que los ha agraviado, y ha conseguido que se sientan culpables al señalarles su pecado. Pero también afirma: «Sin embargo, ahora me alegro, no porque se hayan entristecido sino porque su tristeza los llevó al arrepentimiento» (vers. 9). Su angustia produce un arrepentimiento que los lleva a la salvación (vers. 10). Eso es lo que Dios desea que hagamos. *Esa es la razón* por la que él nos hace sentir culpables: para que lleguemos al arrepentimiento y reclamemos el don de la salvación.

¿Cómo podemos librarnos del sentido de culpa?

«Si *confesamos* nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los *perdonará* y nos limpiará de toda *maldad*» (1 Juan 1: 9).

- ***Cree que Dios te ha perdonado tu pecado.*** Cuando él nos perdona, echa nuestros pecados en lo profundo del mar. Al cortar el árbol, la sombra del pecado desaparece también. Si continuamos sintiéndonos culpables luego de haber recibido el perdón prometido, declaramos que Dios miente. De hecho estaremos diciendo: «¡En realidad no me perdonaste!»
- ***Haz que tu corazón se eleve desde el punto donde el pecado lo ha hecho descender.*** En el Salmo 32: 5, David dice: «tú perdonaste mi maldad y mi pecado».

PARA COMENTAR

1. ¿Qué carga de culpabilidad, que has estado llevando, necesitas librarte?
2. ¿Cómo puedes compartir con los demás el gozo del perdón que has recibido?

Franke Zollman, Smithsburg, Maryland, EE. UU.

Totalmente absueltos

OPINIÓN

Ezequiel 11: 19

¡Que comparezcan los culpables! Por lo general, es algo positivo, ya que hay demasiadas personas que cometen atrocidades, sin que por ello se sientan culpables. La sociedad puede beneficiarse si existiera un sentido de culpa más generalizado.

La culpa, antes que nada, es la voz de la conciencia que nos habla de nuestras acciones incorrectas. La culpa puede asimismo significar que el Espíritu Santo añade su voz al susurro original. ¡Así que felicitaciones a quien tenga una limpia conciencia! ¡Gracias porque el Dios eterno se comunica con nosotros! El día se acerca cuando el Espíritu Santo se comunicará únicamente con el pueblo de Dios (ver Efe. 4: 30; Apoc. 16: 14; 18: 21-24; Heb. 13: 5). Eso sucederá al cierre de la gracia, poco antes del fin de los tiempos. Pero hasta que llegue ese día, el Espíritu Santo le hablará a todo aquel que desee ser salvo.

¡Que comparezcan los culpables!

Hay un sentido de culpa que no es nada positivo. Existe primeramente un tipo de culpa que incluye una destructiva nube de desesperanza. Este sentimiento es como si se colocara un resplandeciente abrigo encima de ropas harapientas: una marcada desobediencia revestida de un aura de respetabilidad. En segundo lugar tenemos la culpabilidad que se asocia al dolor por las consecuencias, sin que incluya intención alguna de cambios en el comportamiento. Ese tipo de culpabilidad se lleva puesto como una capa oscura con la que intentamos cubrir las manchas de las acciones pecaminosas. Esa capa se lleva puesta para ocultar una deliberada falta de acción.

La culpabilidad, sin embargo, requiere cambios. Una culpabilidad real y verdadera te dice: «necesitas cambiar». Así que tratas de cambiar y encuentras que no puedes hacerlo. Tratas y tratas. Pero tu complejo de culpa te sigue diciendo: «No es suficiente». «Necesitas una mayor limpieza».

Por tanto, el Espíritu Santo susurra que lo que en realidad necesitamos: a Jesús. Y si nos sintiéramos lo suficiente culpables, nos refugiaremos en nuestro egoísta yo. Jesús nos limpia, y de repente la culpabilidad se aquieta y es reemplazada por una sensación de paz.

Lo más importante, respecto a la culpabilidad, es que nos conduce a Jesús, quien se encarga de eliminarla.

¡Que comparezcan los culpables! Permite que el sentimiento de culpa te lleve a Jesús, quien te limpiará y te brindará su paz.

PARA COMENTAR

1. ¿Por qué el Espíritu Santo no podrá hablarle a la gente en los últimos días?
2. ¿Qué sucede si alguien no cambia su forma de actuar ignorando el estímulo que representa el sentimiento de culpa?
3. ¿Es posible cometer errores y aun seguir viviendo en paz? Motiva tu respuesta.

Doug Hosking, Williams Lake, Columbia Británica, Canadá

Viernes
28 de enero

¡Él nos habla de perdón!

EXPLORACIÓN

Salmo 32

PARA CONCLUIR

Dios odia el pecado porque el mismo perjudica y destruye las vidas de sus hijos. El pecado hiere a la gente en lo más íntimo de su ser, en su vida personal, en su corazón y alma. El pecado tiene un pago: la muerte. Sin embargo, Dios ya ha pagado ese precio en la cruz. El perdón es el método que Dios utiliza para restaurar su imagen en su pueblo. El perdón es su forma de proveer una segunda oportunidad. Es la manera para introducirse en el mundo interior de la gente para colmarlo de paz y aceptación. Dios utiliza el perdón para sanar emocional, física y espiritualmente a los seres humanos.

CONSIDERA

- Leer Lucas 18: 9-14 en diferentes versiones de la Biblia. ¿En que te pareces, o te diferencias, de los personajes de ese relato?
- Orar varias veces al día, diciendo: «Señor, ten misericordia de mi tan pecador». Medita en la respuesta divina.
- Visitar a alguien que esté en la cárcel. Lleva un registro de la visita a partir del momento que llegues a la institución. ¿Qué viste allí? ¿Qué escuchaste allí? ¿Cómo reaccionaste? ¿En qué sentido te hizo pensar en el concepto de la culpabilidad y en el perdón?
- Investigar en la Internet, respecto a la influencia del perdón en la salud física y emocional.
- Investigar respecto al término pecado en la Biblia para luego escribir un breve ensayo acerca de lo que allí encontraste.
- Desarrollar una actitud perdonadora respecto a quienes te hayan perjudicado. ¿Cómo influye el acto de perdonar, en tu vida emocional.
- Compartir con tus compañeros de escuela o trabajo, lo que experimentaste al recibir el perdón de Dios.

PARA CONECTAR

✓ Ellen G. White, *El camino a Cristo*, pp. 65-74; Brennan Manning, *The Furious Longing of God y The Boy Who Cried Abba, a Parable of Trust and Acceptance.*

Sergio Torres, Miami, Florida, EE. UU.